

La belleza tiene mucho que ver con la manera en que la lleva una persona. Cuando ves a una «belleza», todo tiene que ver con el lugar, con lo que lleva, junto a qué está de pie, de qué vestidor ha salido para bajar las escaleras.

Las joyas no embellecen a una persona, pero si la hacen sentir más hermosa. Si adornas a una persona bella con joyas y hermosos trajes y la colocas en una casa espléndida con espléndidos muebles y espléndidas pinturas, no será más bella, lo será igual, pero *creerá* que es más bella. Sin embargo, si coges a una persona bella y la cubres de trapos, será fea. Siempre puedes afear a una persona.

La belleza en peligro se vuelve más hermosa, pero la belleza envuelta de suciedad pasa a ser espantosa.

Lo que hace hermoso un cuadro es la manera en que está puesta la pintura, no comprendo sin embargo por qué se maquillan las mujeres. Se te queda en los labios y resulta muy pesado. La pintura de los labios y el maquillaje y los polvos y las sombras. Y las joyas. Todo eso es muy pesado.

Los niños siempre son guapos. Todo niño, digamos hasta los ocho años, tiene buena pinta. Hasta si usa

los mismos, jamás se foto un animalito. Se protege a los bebés porque, al ser guapos, no se les quiere hacer daño. Esto también vale para los animales.

La belleza no tiene nada que ver con el sexo. La belleza tiene que ver con la belleza y el sexo tiene que ver con el sexo.

Si una persona no suele ser considerada hermosa, aún puede tener éxito si lleva unos cuantos chistes en el bolsillo. Y muchos bolsillos.

A veces los guapos son más propensos a hacerte esperar que los normales, porque media un tiempo distinto entre lo hermoso y lo normal. Asimismo, los guapos saben que la mayoría de la gente los esperará, por tanto no se inmutan cuando llegan tarde y, entonces, llegan aún más tarde. Pero, cuando llegan, por lo general se sienten culpables, de modo que para compensar su atraso se vuelven muy simpáticos, y al ponerse muy simpáticos se vuelven aún más guapos. Es un síndrome clásico.

Trato siempre de descubrir si una mujer graciosa o divertida también puede ser hermosa. Algunas actrices cómicas son muy atractivas, pero, si tuvieras que elegir entre llamarlas hermosas o divertidas, las llamarías divertidas. A veces pienso que la belleza *extrema* debe care-

reinos con muestras de un *Show de Marilyn Monroe*.

En cierta ocasión, alguien me pidió que dijera de una vez por todas quién era la persona más hermosa que he conocido. Pues bien, las únicas personas que puedo elegir como auténticas bellezas son las de las películas. Pero cuando las conoces, tampoco son auténticas bellezas, de modo que en realidad tus tipos no existen. En la vida real, las estrellas de cine ni siquiera pueden alcanzar las cotas que ellas mismas imponen en las películas.

Algunas de las estrellas de cine más hermosas de las últimas décadas han envejecido siendo hermosas, pero otras no tanto. En ocasiones ves a dos estrellas, que antaño fueron hermosas, juntas en la misma película, y una de ellas es y actúa como una anciana y la otra aún es, y actúa, como una niña. Pero todo eso no importa demasiado, creo, porque la historia recordará a cada una sólo por sus hermosos momentos en las películas; el resto es *off-the-record*.

Lo que prefiero es un buen tipo normal. Si no quisiera tener un «mal» tipo, me gustaría un aspecto «normal». Esta sería mi otra opción.

Siempre pienso en lo que significa llevar gafas. Cuando te acostumbras a las gafas, no sabes en realidad a qué

clarizan la visión de todos a 20-20. Es un ejemplo de cómo todo el mundo se vuelve más parecido. Todos verían a diferentes niveles de no ser por las gafas.

En algunos círculos en los que gente muy pesada cree que tiene cabezas muy pesadas, palabras como «encantadora», «inteligente» y «bonita» son menospreciadas; todo lo frívolo de la vida, que es lo más importante, es menospreciado.

No es tan importante el peso como te hacen creer las revistas. Conozco a una chica que se mira en el espejo de su consultorio médico y jamás se ve por debajo de los hombros, y pesa entre noventa y ciento quince kilos, pero ella no lo ve; lo único que ve es un rostro hermoso y por lo tanto cree que es una belleza. Yo también creo que es una belleza porque por lo general acepto a la gente sobre la base de la imagen que tiene de sí misma, porque la imagen que se tiene de uno mismo tiene más que ver con su manera de pensar que la imagen objetiva. Tal vez pese doscientos cincuenta kilos, quién sabe. Si a ella no le importa, a mí tampoco.

Pero si cuidas tu peso, prueba la Nueva Dieta Andy Warhol de Nueva York: cuando como en un restaurante, pido todo lo que no me apetece, de modo que tengo con qué distraerme mientras comen los demás. Entonces, por más chic que sea el restaurante, insisto en que el camarero me envuelva la comida para llevármela, y, al salir del restaurante, encuentro algún rincón en la calle

que quizás una de esas personas encontraba una caja del Grenouille en el borde de un escaparate. Pero, quién sabe, tal vez a ellas tampoco les guste lo que había pedido y quizá se tapen la nariz y busquen en un cubo de basura algún trozo de pan medio comido. No se puede saber lo que les gusta ni lo que debiera hacerse por ellos.

Esa es la Nueva Dieta Andy Warhol de Nueva York.

Conozco buenos cocineros que se pasan días enteros buscando ajo fresco y albahaca fresca y estragón fresco, etcétera, y luego usan tomates en lata para la salsa diciendo que eso no importa. Pero yo sé que importa.

Siempre que la gente y las civilizaciones degeneran y se vuelven materialistas, exhiben su belleza exterior y sus riquezas, y dicen que, si lo que están haciendo estuviera mal, no les iría tan bien, ya que son hermosos y ricos. En la Biblia, la gente lo hizo cuando adoró el Becerro de Oro, por ejemplo, y más tarde los griegos, cuando adoraron el cuerpo humano. Pero la belleza y la riqueza no deben de guardar relación con ser bueno, porque basta con pensar en las bellezas a las que ataca el cáncer. Y en el montón de asesinos que son muy apuestos, de modo que eso zanja la cuestión.

Algunos, incluso gente inteligente, dicen que la violencia puede ser hermosa. No puedo entenderlo porque la belleza se produce en ciertos momentos, y para mí esos momentos jamás son violentos.

Una nueva apariencia.

Un nuevo sexo.

Un nuevo par de calzoncillos.

Debe de haber muchas chicas nuevas en la ciudad, y siempre las hay.

La belleza de la langosta roja sólo aparece cuando se la echa en agua hirviendo... y la naturaleza cambia las cosas y el carbón se convierte en diamantes y la basura es oro... y llevar un anillo en la nariz es fantástico.

Cuando estoy en la playa, jamás puedo abarcar la belleza de la arena, y el agua se la lleva y la barre, y los árboles y las hierbas, todo parece espléndido. Pienso que poseer tierras y no estropearlas es el don más hermoso que cualquiera haya querido poseer.

Lo más hermoso de Tokio es el restaurante McDonald's.

Lo más hermoso de Estocolmo es el restaurante McDonald's.

Lo más hermoso de Florencia es el restaurante McDonald's.

Pekín y Moscú todavía no tienen nada hermoso.

América es La Belleza. Pero sería mucho más bella si todo el mundo tuviera suficiente dinero para vivir.
Hermosas cárceles para la Beatiful People.

El sentido de la belleza de cada uno es distinto del de todos los demás. Cuando veo a gente vestida de un modo espantoso que no le sienta nada bien, trato de imaginarme el momento en que compró aquella ropa y creo que pensaba: «Esto es fantástico. Me gusta. Me lo llevo». Uno no puede imaginarse cómo se le ocurrió comprarse esos pantalones marrones de poliéster color barquillo, o ese gorro acrílico, con «Miami» escrito en letras brillantes. Uno se pregunta qué rechazaron como *no* hermoso... ¿Un gorro acrílico que decía «Chicago»?

No pueden predecirse las reacciones emocionales específicas que alguien puede provocar en otros por la manera en que se viste, habla o actúa. Por ejemplo, la otra noche estaba con una señora que de repente tuvo un momento de gran tensión por culpa de una persona que ambos conocíamos, y empezó a criticar su aspecto: sus brazos enclenques, su cara llena de granos, sus gestos desagradables, sus cejas espesas, su gran nariz, su horrible indumentaria; no supe qué decir porque no vi por qué razón quería que la vieran conmigo si no quería que la vieran con él. Después de todo, yo tengo brazos enclenques, tengo granos, pero ella no parecía percatarse de mis problemas. Creo que algo insignificante puede provocar

que hace que le guste o no le guste alguien con tanta intensidad y, por lo tanto, que le guste o no todo lo que hay en él.

A veces algo puede parecer hermoso simplemente porque es de algún modo distinto a lo que nos rodea. Una petunia roja en el escaparate de una tienda parece sumamente hermosa si todas las demás son blancas, y viceversa.

Cuando estás en Suecia y ves una y otra y otra persona hermosa hasta que finalmente ya ni te giras para mirar porque sabes que la próxima que encuentres será tan hermosa como aquella por la que no te molestaste en girarte para mirar, cuando estás en un lugar así puedes llegar a aburrirte tanto que cuando ves a una persona que no es hermosa, te parece muy hermosa porque rompe con la hermosa monotonía.

Tres cosas me parecen siempre muy hermosas: mi buen par de viejos zapatos que no me duelen, mi propia cama y la aduana americana cuando vuelvo a casa.

B: *¿Qué quería esa gente de la casa de discos?*

A: *Querían que grabara un disco. Harán que mi voz parezca que cante.*

A: *Me encanta el anuncio de tu programa de noticias en la tele. Lo he visto ya quince veces.*

Recientemente, una empresa se mostró interesada en comprar mi «aura». No querían mis productos. Insistían: «Queremos su aura». Nunca pude saber qué querían. Pero estaban dispuestos a pagar mucho dinero por eso. Y pensé que, si alguien estaba dispuesto a pagar tanto por mi eso, debía procurar saber de qué iba el asunto.

Creo que el «aura» es algo que únicamente pueden percibir los demás y sólo ven aquello que quieren ver. Todo está en los ojos de los demás. Sólo puedes ver un aura en gente que no conoces muy bien o que no conoces en absoluto. La otra noche cenaba con todos en el taller. Los chicos del taller me tratan fatal, porque me conocen y me ven cada día. Pero resulta que estaba allí un tipo simpático que alguien había traído y que no me conocía, ¡y el chico apenas podía creer que estaba cenando conmigo! Todos me veían a mí, pero él veía mi aura.

Cuando ves a alguien por la calle, puede que tenga un aura. Pero, cuando abre la boca, desaparece el aura. El «aura» debe de existir hasta que abres la boca.

La gente que más fama tiene es la que tiene nombre de tiendas. La gente que posee supermercados que llevan su nombre es la que realmente envidio. Como Marshall Field.

tuera, no me habrían pegado un tiro por ser Andy Warhol. Quizá me habrían pegado un tiro en el ejército. O quizás habría sido un obeso maestro de escuela. ¿Cómo puede saberse?

Una buena razón para ser famoso es la de que puedes leer todas las grandes revistas y conocer a todos los que salen allí. Página tras página encuentras a gente conocida. Me encanta esa clase de experiencia lectora y es la mejor razón para ser famoso.

No alcanzo a comprender a quién pertenecen las noticias. Me digo siempre que, si tu nombre sale en las noticias, el programa debería pagarte. Porque se trata de *tu* noticia y ellos la aprovechan y la venden como un producto propio. Pero siempre te dicen que te están ayudando, y eso también es verdad, pero aun así, si la gente no diera sus noticias a las noticias, y si todos se guardarán sus noticias, las noticias no tendrían noticias. De modo que creo que debieran pagarse mutuamente. Pero todavía no he solucionado del todo el problema.

La peor crónica y la más cruel que jamás haya leído sobre mí fue la del *Time* con ocasión del atentado que me perpetraron.

He descubierto que casi todas las entrevistas están preconcebidas. Saben lo que quieren escribir sobre ti y saben lo que piensan de ti antes de haber hablado contigo, de modo que sólo buscan palabras y ciertos detalles para apoyar lo que ya han decidido escribir. Si vas en blanco a una entrevista, es imposible adivinar qué clase de ar-

tejas los artículos más divertidos y simpáticos. Es más difícil preverlo con periodistas que con políticos.

Cuando alguien escribe un artículo realmente siniestro, siempre me callo porque ¿quién eres tú para desmentirlo?

La gente decía que yo engañaba a la prensa cuando entregaba una autobiografía a un periódico y otra distinta a otro periódico. Me gustaba dar una información diferente a distintas publicaciones porque era como tender una trampa allí donde la gente busca su información. Así, cuando conocía a gente, siempre podía saber qué periódicos y revistas leían gracias a lo que me contaban acerca de lo que yo había dicho. A veces, años y años después, algunos fragmentos graciosos de entrevistas vuelven a tu memoria cuando un entrevistador comenta: «Una vez usted dijo que Lefrak City era el lugar más hermoso del mundo»; así te enteras de que ha leído lo que una vez les había contado a los del *Architectural Forum*.

Una historia idónea en el momento adecuado puede ponerte en el candelero meses y meses e incluso años. Viví doce años al lado de la tienda Gristedes y cada día entraba, paseaba por los pasillos y cogía lo que quería: es un ritual del que realmente disfruto. Durante doce años lo hice prácticamente cada día. Pero una tarde el *New York Post* publicó una foto de Monique van Vooren, Rudolf Nureyev y yo en la portada, y cuando entré en la tienda todos los empleados empezaron a gritar: «¡Aquí está!» y «¡Ya te había dicho que era él!». No quise volver allí nunca más. Después de que saliera mi foto en el *Time*, no pude sacar a pasear a mi perro durante toda una semana porque la gente me señalaba.

—razon por la que ya no voy a esos países—, pero en Italia no podían ni deletrear mi nombre. Pero *L'Uomo Vogue* aprendió a deletrear mi nombre gracias a una de nuestras *superstars* que empezó a salir con uno de sus fotógrafos —charla de almohada, supongo—, pero de cualquier manera él dijo a *L'Uomo* cómo se deletreaba mi nombre y cómo se llamaban mis películas y les dio fotos de mis cuadros y ahora soy la comidilla de Italia. Yo estaba en un pueblo muy pequeño llamado Boissano, en el lado equivocado de la Riviera, y tomaba un aperitivo en la terraza del chiringuito local cuando un joven, un estudiante de bachillerato, se me acercó y me dijo: «Hola, ¿cómo le va a Holly Woodlawn?». Me quedé perplejo. Sabía cinco palabras en inglés y cuatro de ellas eran FLESH, TRASH, HEAT y DALLESDRO, aunque esta última quizá no cuente porque es italiana.

Siempre me interesan los programas de entrevistas. Un conocido mío me dijo que podía mirar a la gente que hace entrevistas en la tele y saber de dónde era, a qué tipo de escuela había ido, a qué religión pertenecía, tan sólo con ver qué clase de invitados llevaba a su programa y qué preguntas les hacía. Me encantaría ser capaz de saber cualquier cosa acerca de una persona tan sólo con verla en televisión, poder decir *cuál es su problema*. Os imagináis ver una entrevista y saber al acto cosas como:

«El problema de éste es que QUIERE SER UNA BELLEZA.»

«El problema de aquí es que QUIERE SER INTELIGENTE.»

«El problema de éste es que QUIERE SER INTELIGENTE.»

Y tal vez también poder descubrir: «Por qué Dinah Shore NO TIENE PROBLEMAS».

También me emocionaría ser capaz de saber el color de los ojos de alguien simplemente con mirarlos porque la tele en color aún no te ayuda mucho en este aspecto.

Cierta gente tiene magia televisiva: se descomponen lejos de la cámara, pero se recomponen del todo ante ella. Tiemblan y sudan antes de empezar; tiemblan y sudan durante los anuncios; tiemblan y sudan cuando han terminado, pero mientras la cámara los filma, tienen aplomo y un aire de seguridad. La cámara los pone en funcionamiento y los desenchufa.

Yo nunca me descompongo porque nunca me recompongo del todo. Tan sólo me siento allí diciendo: «Me desmayaré. Me desmayaré. Sé que me desmayaré. ¿Ya me he desmayado? Voy a desmayarme». Cuando estoy en la televisión, no puedo pensar en nada de lo que me van a preguntar, no puedo pensar en nada de lo que va a salir de mi boca; lo único que puedo pensar es: «¿Es éste un programa en directo? ¿Lo es?». Esto es lo único de lo que soy consciente en un programa en directo. En diferido es distinto.

Y siempre había pensado que los entrevistadores y otras figuras de la televisión no podían ni imaginar lo

del mismo problema; quizá piensen a cada minuto: «Voy a estropearlo todo. Voy a estropearlo todo... adiós casa de verano en East Hampton... adiós piso en Park Avenue... adiós sauna...». La diferencia estriba en que mientras piensan su versión de «Me desmayaré», de algún modo —gracias a su magia televisiva— pueden seguir soltando frases y temas que han almacenado en alguna parte.

Ciertas personas empiezan a actuar cuando están «en el aire». «Estar en el aire» significa distintas cosas para distintas personas. Vi a un joven actor que recibía su premio Emmy de televisión; subió al escenario y girándose de golpe empezó a actuar diciendo: «Quiero dar las gracias, gracias a mi esposa...» y representó un «momento significativo». Se lo pasaba bomba. Empecé a pensar en cuán sublime y fantástico debe ser el momento de ir a recibir un premio como ése para una persona que únicamente puede ponerse realmente colocado cuando se encuentra ante un público. Si eso es lo que le pone en marcha, cuando tiene esa oportunidad, tiene que estar allí sintiéndose *a gusto*, pensando: «¡Puedo hacer cualquier cosa, cualquier cosa, CUALQUIER COSA!».

De modo que supongo que todo el mundo tiene su propio tiempo y su propio lugar para colocarse.

Yo me coloco cuando apago la luz y me acuesto. Ese es el gran momento que siempre estoy esperando.

«Los buenos actores» son, a mi parecer, como grabadoras que lo registran todo, pues pueden imitar tanto

muestran más que los magnetofonos, los videos o las novelas. De algún modo, los buenos actores pueden registrar experiencias completas y gente y situaciones y luego recurrir a ellas cuando las necesitan. Pueden repetir una frase exactamente tal como debe sonar y aparentar exactamente lo que deben aparentar cuando la repiten porque han visto antes la escena en alguna parte y la han registrado. De modo que saben cómo deben ser las frases y cómo deben salir de ellos. O quedarse dentro de ellos.

Sólo puedo comprender a los actores realmente aficionados o malos, porque todo lo que hacen nunca sale del todo bien, de modo que no puede ser falso. Pero jamás puedo comprender a los actores realmente buenos y profesionales.

Todos los actores profesionales que he visto siempre hacen exactamente lo mismo en el momento exacto en cada actuación. Saben cuándo el público se reirá y cuándo se interesará realmente. Por eso me gustan los actores malos y aficionados: nunca se puede saber qué harán a continuación.

Jackie Curtis solía escribir obras de teatro y montarlas en teatros de la Segunda Avenida, y la obra cambiaba cada noche: las palabras y hasta el argumento. Únicamente mantenía el título. Si dos personas veían la obra en distintas noches y la comentaban luego entre sí, descubrirían que no había ninguna semejanza entre las dos representaciones. La cartelera de estas obras era «revolucionaria» ya que la obra cambiaba continuamente.

Sé que los «profesionales» son rápidos y buenos, son puntuales y se lucen, lo hacen bien y están a tono, hacen sus números y no hay problemas. Los ves actuar y parecen tan naturales que jamás dirías que están actuando: es como si acabaran de tener una ocurrencia. Pero vuelves a verlos la noche siguiente y acaban otra vez de tener una ocurrencia.

busco la persona más equivocada para el papel. Nunca puedo visualizar a la persona idónea para él. La persona adecuada para el papel adecuado sería demasiado. Además, nadie es del todo adecuado para un papel, porque un papel es una función, nunca es real, de modo que si no puedes conseguir a alguien que sea del todo apropiado, es más gratificante conseguir a alguien totalmente equivocado. Entonces tienes la certeza de que has conseguido algo.

La gente equivocada siempre me parece muy bien. Cuando tienes a un montón de gente y todos parecen «buenos», es difícil hacer distinciones; lo más fácil es elegir a la persona realmente mala. Y yo siempre prefiero lo más fácil, porque si es lo más fácil, para mí suele ser lo mejor.

El otro día estaba haciendo un anuncio para un equipo de sonido, y podría haber pretendido decir todas las palabras que me dieron, y que jamás diría de aquella manera, pero en la realidad me fue imposible.

Cuando hice el personaje de un tipo en un aeropuerto en una película con Elizabeth Taylor, las palabras que me dieron fueron algo así como «Vamos, tengo una cita importante», pero de la boca me salió: «Vamos, chicas». Como en Italia lo doblan todo después, no importa que no digas algo, acabas siempre por decirlo.

Una vez hice un anuncio de aerolíneas con Sonny Liston, y yo decía: «¡Si lo has conseguido, enséñalo!». Me gustó decir eso, pero luego doblaron mi voz, aunque no doblaran la de él.

Algunos dicen que sólo te impresiona un famoso si sabes cosas sobre él desde que eras pequeño o mucho tiempo antes de conocerlo personalmente. Dicen que si

luego viene alguien y te cuenta que acabas de conocer a la persona más rica y más famosa, digamos, de Alemania, no te impresiona mucho haberla conocido porque nunca has dedicado un segundo de tu tiempo a pensar acerca de lo famosa que es. Sin embargo, *yo siento exactamente lo contrario*: no me impresiona toda esa gente divertida que todo el mundo considera famosa, porque siempre me parece que es la más fácil de conocer. Cuando más me impresiona es cuando conozco a alguien que creía no poder conocer jamás, gente con la que había soñado hablar un día: gente como Kate Smith, Lassie, la madre de Paloma Picasso, Nixon, Mamie Eisenhower, Tab Hunter, Charlie Chaplin.

Cuando era niño, solía escuchar el programa *La dama del canto* en la radio mientras estaba en cama dibujando. Luego, en 1972, estaba en una fiesta en Nueva York y me presentaron a una mujer y me dijeron: «Era la Dama del Canto de la radio». No podía creerlo. Apenas podía creer que la estaba conociendo de verdad, porque jamás había soñado con conocerla. Simplemente habías dado por supuesto que no había posibilidad alguna. Cuando conoces a alguien a quien ni habías soñado conocer, te pillan por sorpresa, de modo que no has podido crear fantasías y no te llevas una decepción.

Algunos se pasan la vida pensando en una sola persona famosa. Eligen a una persona famosa e investigan su vida. Dedicán casi toda su energía a pensar en esa persona que han conocido sólo una vez o tal vez nunca. Si preguntas a cualquier famoso acerca de la correspondencia que recibe, descubrirás que casi todos tienen como mínimo una persona obsesionada con ellos que les escribe constantemente. Resulta muy raro pensar

... porque sean el mismo cuadro. Y empecé y llegué a las quinientas y luego paré. Pero me llevó más de un día, creo que un mes. Así pues a quinientas por mes, me habría llevado ocho meses hacer cuatro mil obras de arte, ser un «artista de espacios» y llenar espacios que de todos modos creo que no deberían llenarse. Fue una desilusión el caer en la cuenta de que tardaría tanto tiempo.

Me gusta pintar en un cuadrado porque no tienes que decidir si debe ser largo-largo o corto-corto o largo-corto: es simplemente un cuadrado. Jamás quise hacer otra cosa que cuadros del mismo tamaño, pero entonces siempre viene alguien y me dice: «Tienes que hacerlo un poquito mayor» o «un poquito menor». Creo que todos los cuadros deberían tener el mismo tamaño y el mismo color para que fueran intercambiables y nadie pudiera pensar que tiene un cuadro mejor o un cuadro peor. Y si la única «obra maestra» fuera buena, todas lo serían. Además, aun cuando cambien los temas, la gente siempre pinta el mismo cuadro.

Si tengo que pensarlo, ya sé que el cuadro está equivocado. Y decidir el tamaño es una forma de pensar, y lo mismo ocurre con el color. Mi instinto pictórico me dice: «Si no lo piensas, es que está bien». En cuanto tienes que decidir y elegir, es que está mal. Y cuantas más decisiones tomes, peor quedará. Algunos pintan abstracto y entonces se sientan allí a pensar porque el pensar les hace sentir como si estuvieran haciendo algo. Pero el

tiempo de reflexión no vale nada. Tan sólo espero que me paguen por «hacer» tiempo.

Cuando pinto:

Miro la tela y decido los espacios correctamente. Pienso: «Bueno, esto parece adecuado aquí en esta esquina», y entonces digo: «Oh, sí, éste es el lugar al que pertenece». Entonces vuelvo a mirarla y digo: «El espacio en ese rincón necesita un poco de azul», y pongo mi azul, y entonces vuelvo a mirarla y aquello parece azul y luego tomo mi pincel y lo muevo por allí y todo se pone más azul. Y resulta que hay que espaciarlo, de modo que tomo mi pequeño pincel azul y le pongo azul allí, y luego tomo mi pincel verde y coloco mi pincel verde por encima y le pongo verde, y luego retrocedo y la miro y veo si los espacios quedan bien. Y luego —a veces los espacios no quedan bien—, tomo mis colores y pongo otro poquitin de verde por allá y entonces si los espacios quedan bien, la dejo en paz.

Por lo general, lo único que necesito es papel de calcar y buena luz. No puedo entender por qué jamás he sido un expresionista abstracto, porque con mi mano temblorosa me habría convertido en un artista natural.

En un par de ocasiones, trabajé un poco con la tecnología. Una de las veces fue cuando pensé que mi arte estaba acabado. Pensaba que realmente era el fin y entonces, para poner punto final a mi carrera artística, hice

cojines plateados que podías inflar como globos y dejarlos volar. Los hice para una actuación de la compañía de baile de Merce Cunningham. Y resultó que no volaron y nos encontramos sumergidos en ellos, de modo que supuse que en realidad no estaba acabado para el arte, ya que allí estaba, otra vez, poniéndole anclas a las almohadas. En verdad, había anunciado ya mi retirada del arte. Pero luego las Almohadas Plateadas Espaciales no volaron y mi carrera tampoco voló. Dicho sea de paso, siempre dije que el plateado era mi color favorito porque me recordaba el espacio, pero ahora estoy pensando que eso ya pasó.

Otra forma de ocupar más espacios es la de ponerse perfume.

Realmente me encanta usar perfumes.

No soy exactamente un esnob en lo que respecta al frasco en el que viene la colonia, pero me impresionan las buenas presentaciones. Inspira confianza elegir un frasco bien diseñado.

He oído decir que cuanto más clara es tu tez, más suave debería ser tu perfume. Y viceversa. Pero no puedo limitarme a una sola clase. (Además, estoy seguro de que las hormonas tienen que ver con el efecto del perfume en nuestra piel: estoy seguro de que unas hormonas determinadas pueden convertir el olor de Chanel n.º 5 en un olor muy agresivo.)

Cambio de perfumes constantemente. Si he llevado uno tres meses, me obligo a dejarlo aun cuando todavía me guste seguir llevándolo; así, siempre que lo huelo de nuevo recuerdo aquellos tres meses. Nunca vuelvo a usarlo; se convierte en parte de mi colección.

ver qué colonias usan. Nunca miro otra cosa —no soy entrometido—, pero me siento compulsivamente arrastrado a comprobar si hay algún extraño perfume que aún no haya probado, o alguno favorito ya antiguo que hace mucho tiempo no huelo. Si veo algo interesante, no puedo dejar de probarlo. Pero durante el resto de la velada, tengo la paranoia de que al anfitrión o a la anfitriona les llegue una bocanada del perfume y que se den cuenta de que mi olor es igual al de alguien-que-conocen.

De los cinco sentidos, el olfato es el más cercano al dominio pleno del pasado. El olor puede realmente transportarte. Ver, oír, tocar, degustar no son tan poderosos como el olfato si quieres que todo tu ser regrese por un instante al pasado. Por lo general, no quiero hacerlo, pero al tener los olores retenidos en un frasco, puedo llevar un control y puedo oler únicamente los olores que quiero, cuando me da la gana, para recordar lo que en aquel momento se me antoja. Tan sólo por un instante. Lo bueno de la memoria olfativa es que la sensación de ser transportado cesa en el momento en que dejas de oler, de modo que no hay efectos secundarios. Es una manera muy limpia de recordar.

Mi colección de perfumes semiusados es ahora muy extensa, aunque no empecé a usar muchos de ellos hasta principios de los años sesenta. Antes, los olores de mi vida eran los que por casualidad llegaban a mi nariz. Pero entonces me di cuenta de que tenía que tener una especie de museo del olfato con el fin de no perder para siempre cierta clase de olores. Me encantaba cómo olía el vestíbulo del teatro Paramount en Broadway. Cerraba los ojos y respiraba hondo siempre que iba allí. Luego lo tiraron al suelo. Puedo contemplar todo el tiempo que pasé en ese vestíbulo, ¿y qué? Jamás podré

extinguido hoy. Se cree que su fragancia puede haber sido similar a...». Y entonces ¿qué podrán decir? Tal vez sean capaces de reproducirlo con una fórmula química. Quizá ya la tengan.

Solía temer que con el tiempo usaría todas las buenas colonias y no me quedarían más que «Uva» o «Almizcle». Pero ahora que ya he visitado todas las perfumerías de Europa y visto todas las colonias y perfumes que tienen allí, he dejado de preocuparme.

Me entusiasma leer anuncios de perfumes en revistas de moda de los años treinta y cuarenta. Gracias a sus nombres procuro imaginar su olor y me vuelvo loco por las ganas que siento de olerlos:

Guerlain: Sous le Vent.

Lucien Le Long: Jabot, Gardénia, Mon Image, Opening Night.

Príncipe Matchabelli: Princess of Wales, en memoria de Alexandra.

Ciro: Surrender, Réflexions.

Lenthéric: A Bientôt, Shangai, Gardénia de Tahiti.

Worth: Imprudence.

Marcel Rochas: Avenue Matignon, Air Jeune.

D'Orsay: Trophée, Le Dandy, Toujours Fidèle, Belle de Jour.

Coty: A Suma, La Fougère au Crépuscule.

Corday: Tzigane, Possession, Orchidée Bleue, Voyage à Paris.

Chanel: Cuir de Russie; el romántico Glamour; el disipado Jasmine; el tierno Gardénia.

Molinelle: Venez Voir.

Houbigant: Countryclub, Demi-Jour.

Bonwit Teller: 721.

Helena Rubinstein: Town, Country.

Weil: Eau de Cologne Carbonique.

Kathleen Mary Quinlan: Rhythm.

Lengyel (pronunciado len-yel): Impériale Russe.

Chevalier Garde: H.R.R., Fleur de Perse, Roi de Rome.

Saravell: White Christmas.

Cuando camino por Nueva York, soy siempre consciente de los olores que me rodean: las alfombras de goma en los edificios de oficinas; las sillas tapizadas de los teatros; la pizza; la naranjada Julius; *espresso*-ajo-orégano; las hamburguesas; las camisetas de algodón; las tiendas de comestibles del barrio; las tiendas de comestibles elegantes; los *hot-dogs* y las salchichas con *sauerkraut*; olor a ferretería; olor a papelería; *souvlaki*; a cuero y a manta de viaje en Dunhill, Mark Cross y Gucci; la piel curtida marroquí en las paradas callejeras; nuevas revistas; números atrasados de revistas; tiendas de máquinas de escribir; tiendas de objetos chinos importados (enmohecidos en la travesía); tiendas de objetos hindúes importados; tiendas de objetos japoneses importados; tiendas de discos; tiendas de alimentación natural; *drugstores* con fuentes de sodas; *drugstores* de rebajas; barberías; salones de belleza; almacenes de madera; las mesas y sillas de la Biblioteca Pública de Nueva York; los Donuts, los *pretzels*, los chicles y zumos de uva en los metros; las tiendas de accesorios de cocina; laboratorios fotográficos; zapaterías; tiendas de bicicletas; el papel y las tintas de impresión de las librerías-papelerías Scribner's, Brentano's, Doubleday's, Rizzoli, Marboro, Bookmasters, Barnes & Noble; puestos de limpiabotas; batidos de helado; brillantinas; el buen olor a caramelo barato frente a Woolworth's y el olor a lencería en el fondo; los caballos delante del Hotel Plaza; los humos de autobuses y camiones; el papel de copia de los arquitectos; comino,

saiva, salsa de soja, canela; plátanos fritos; las vías de tren en la Grand Central Station; el olor a plátano de las tintorerías; vapores de los lavaderos de los edificios de apartamentos; los bares del East Side (cremas); los bares del West Side (sudor); quioscos de periódicos; las tiendas de discos; los quioscos de frutas en todas las temporadas —fresones, melones, melocotones, ciruelas, kiwis, cerezas, uvas de Concord, mandarinas, ananás, manzanas— y me encanta la manera en que el olor de cada fruta impregna la madera rugosa de las cajas y el papel fino de los envoltorios.

Sé por experiencia que prefiero el espacio de la ciudad al espacio del campo. Me encanta la idea de estar en el campo, pero cuando estoy allí, recuerdo que:

Me encanta caminar pero no puedo
Me encanta nadar pero no puedo
Me encanta sentarme al sol pero no puedo
Me encanta oler las flores pero no puedo
Me encanta jugar al tenis pero no puedo
Me encanta el esquí acuático pero no puedo

La lista podría ser más larga, pero ésa es la idea, y la razón por la que «no puedo» es simplemente la de que *no tengo el tipo*. No puedes hacer cosas para las que no tienes el tipo. Puedes *decir cosas* para las que no tienes el tipo, pero no puedes *hacer cosas* para las que no tienes el tipo. Es una mala idea.

Asimismo, cuando estoy en el campo, me encanta mirar la televisión, pero no puedo, porque normalmente allí la recepción es pésima.

(A propósito, a menudo la gente intenta convencerte de que hagas algo diciéndote que no importa si no tie-

nes el tipo, o que podrías tener el tipo si lo desearas, pero no cedas ni intentes hacer algo para lo cual no tienes el tipo, porque sólo tú sabes qué tipo tienes, nadie más.)

Soy un chico de ciudad. En las grandes ciudades han organizado las cosas de tal modo que puedes ir a un parque y encontrarte en un campo en miniatura, pero en el campo no tienen pedazos de ciudad, de modo que añoro mucho la ciudad.

Otra razón por la que me gusta más la ciudad que el campo es que en la ciudad todo está pensado para el trabajo, y en el campo todo está pensado para el descanso. Me gusta más trabajar que descansar. En la ciudad, hasta los árboles de los parques trabajan mucho porque es abrumadora la cantidad de gente para la que tienen que fabricar oxígeno y clorofila. Si vivieras en Canadá, podrías tener un millón de árboles fabricando oxígeno sólo para ti, de modo que cada uno de esos árboles no trabaja mucho. Mientras que en Times Square un árbol tiene que fabricar oxígeno para un millón de personas. A Nueva York tienes realmente que sudarla y eso también lo saben los árboles: basta con mirarlos. El otro día en la Calle 57, caminaba por allí y al mirar al otro lado de la calle el nuevo edificio Solow de fachada inclinada tropecé de lleno con un árbol. Me dio vergüenza porque no hay manera de arrancarlo. Me di de narices con aquel árbol en la Calle 57 Oeste porque no me esperaba encontrar un árbol allí.

De alguna manera, tal como funciona la vida, la gente termina en metros y ascensores atestados o en grandes salones solitarios. Todo el mundo debería tener un gran salón adonde ir y trasladarse además en metros llenos de gente.

... general, a la gente le cansa mucho ir en metro y entonces no puede cantar ni bailar, pero pienso que si pudieran bailar y cantar en el metro, disfrutarían de lo lindo.

Los chicos que pintan por la noche *graffitis* con arco sol en los vagones del metro han aprendido muy bien cómo reciclar el espacio de la ciudad. Vuelven entrada la noche a las cocheras de vagones cuando están vacíos y es entonces cuando bailan y cantan en el metro. Por la noche los metros son como palacios y todo ese espacio es sólo para ti.

El espacio del gueto está mal para América. Está mal que la gente del mismo tipo se vaya a vivir junta. Los mismos grupos que comen la misma comida no deberían aglomerarse. En América hay que mezclarse. Si fuera presidente, haría que la gente se mezclase siempre más. Pero el caso es que América es un país libre y yo no podría obligarlos.

Creo en la vida en una sola habitación. Una habitación vacía con tan sólo una cama, una bandeja y una maleta. Puedes hacer cualquier cosa en la cama o desde ella: dormir, comer, pensar, hacer ejercicio, fumar. Y tener un baño y un teléfono al lado de la cama.

Todo tiene más *glamour* si lo haces en la cama. Hasta pelar patatas.

El espacio de la maleta es muy eficiente. Una maleta llena de todo cuanto necesitas:

Una cuchara
Un tenedor
Un plato

Un vaso

Una camisa

Una muda de ropa interior

Una media

Un zapato

Una maleta y una habitación vacía. Maravilloso. Perfecto.

Al vivir en una sola habitación, eliminas un montón de preocupaciones. Pero, por desgracia, persisten las preocupaciones básicas:

¿Estarán las luces encendidas o no?

¿Habré cerrado el agua?

¿Estarán apagados los cigarrillos?

¿Estará cerrada la puerta de atrás?

¿Funciona el ascensor?

¿Hay alguien en el vestíbulo?

¿Quién se ha sentado en mis rodillas?

Ahora la gente suele dormir en espacios piramidales porque cree que se mantendrá joven y vital y que el proceso de envejecimiento se detendrá. A mí eso no me preocupa porque yo tengo mis *wings*. Sin embargo, mi ideal es también la moda piramidal, porque no tienes por qué pensar en tejados. ¿Quieres tener un techo sobre tu cabeza?, entonces deja que las paredes también sean el techo, así tendrás menos cosas en qué pensar, una superficie menos que pintar. Los indios que vivían en *tpees* tuvieron la idea correcta. Un cono podría ser bonito si los círculos no excluyeran los bordes y si pudieras encontrar el habitáculo redondo adecuado, pero prefiero

un rincón menos que desempolvar.

Mi ciudad ideal sería la que tuviera una sola calle comercial sin calles perpendiculares ni calles laterales que atascaran el tráfico. Tan sólo una larga calle en dirección única. Con un alto edificio vertical donde todo el mundo viviera con:

Un ascensor
Un portero
Un buzón de correo
Una lavadora
Un cubo de basura
Un árbol enfrente
Una sala de cine en la puerta de al lado

Esa calle sería muy muy ancha, y lo único que tendrías que decir a los demás para que se sintieran bien es: «Hoy te he visto en la calle».

Y llenarías tu coche de gasolina y pasearías por la calle.

Mi ciudad ideal sería totalmente nueva. Ninguna tienda de antigüedades. Todos los edificios serían nuevos. Los edificios viejos no son espacios naturales. Deberían construirse los edificios para que duraran muy poco tiempo. Y si tuvieran más de diez años, yo digo que habría que acabar con ellos. Construiría edificios nuevos cada catorce años. La construcción y la demolición mantendrían ocupada a la gente y las cañerías viejas no herrumbrarían el agua.

Roma es un ejemplo de lo que ocurre cuando los edificios de una ciudad duran demasiado.

hubiera sido, porque cuanto más rápidamente ~~construyes~~ algo, menos tiempo dura, y cuanto menos dura, más pronto vuelve la gente a tener trabajo reconstruyendo. Reconstruir necesidades mantiene atareada a la gente. Los asuntos de primera necesidad, según suele decirse, son la comida, la vivienda y la ropa. Ahora bien, en Italia hacen mucha comida y muchísima ropa, pero comida y ropa sólo representan dos tercios de esas necesidades; la otra tercera parte es la vivienda: y eso no lo hacen porque ha sido hecho ya. Así pues, lo que ocurre en Roma es que las mujeres terminan en la cocina haciendo la comida y en las fábricas cosiendo ropa, mientras que los hombres no hacen nada porque los edificios han sido construidos ya y no se caen! Sus edificios fueron construidos en principio demasiado bien, y jamás se corrigió esa situación. Por eso puedes ver tantos hombres por las calles de Roma a todas las horas del día y de la noche.

La mejor manera, y la más transitoria, de hacer un edificio es construirlo con mucha luz. Los fascistas hicieron mucha «arquitectura de la luz». Si construyes edificios con luces afuera, pueden ser indefinidos, y cuando terminas de usarlos, apagas las luces y desaparecen. Hitler siempre necesitó edificios hechos aprisa para poder pronunciar desde ellos sus discursos, de modo que su arquitecto creó esos «edificios» que eran pura ilusión, totalmente contruidos en función de los efectos de luz, en los que definía espacios muy grandes.

Los hologramas serán apasionantes, creo yo. Con hologramas, podrás finalmente elegir tu propio ambiente. Retransmitirán por televisión una fiesta y tú querrás es-